

Virginia Cano, *Nietzsche*, Buenos Aires, Galerna, 2015, 270 pp.

La revuelta filosófica, colección dirigida por Lucas Soares para la editorial Galerna, inaugura un espacio de lectura que busca rescatar lo arriesgado y lo desafiante del pensamiento filosófico. Virginia Cano es quien ha estado a cargo de la redacción del segundo volumen publicado en la colección, dedicado a la revuelta emprendida por Friedrich Nietzsche.

El libro está dividido en dos grandes momentos. En el primero de ellos Cano emprende una lectura crítica del pensamiento nietzscheano, de la experiencia que supone y de sus efectos esparcidos aún hoy, como esquilas, en tantos otros textos. Son esas escrituras, a las que podríamos llamar *deudoras* de la obra de Nietzsche, las que van abriendo en forma de epígrafe cada sección del estudio crítico. Escrituras deudoras fundamentalmente por haberse atrevido a recoger y portar sobre sí, a su manera, aquella actitud de sospecha radical y demoledora frente a (al interior de) la tradición filosófica inaugurada por Nietzsche. En este sentido, los epígrafes que encabezan cada sección retoman citas de autorxs como Foucault, Derrida, Deleuze, Blanchot, Butler, Vattimo, etc., quienes supieron ver esa deuda nietzscheana, supieron asumirla como propia, con toda la responsabilidad y las posibilidades que ello implica. El segundo gran momento del libro es una selección de textos fuente, un recorrido por algunos pasajes que, a modo no tanto de hilo conductor sino más bien de pistas diseminadas que se reclaman entre sí, ofrecen un complemento de primera mano a la presentación nietzscheana de Cano. O tal vez cabría pensarlo al revés: la autora nos propone, en esta parte del libro, hacer nuestra propia lectura del texto nietzscheano. Tal vez complementaria a la sugerida por ella, tal vez en contraste, pero sin duda alguna iluminada por sus sugerentes comentarios. Recuperando el epígrafe de Cragolini que encabeza las conclusiones de Cano, asumir la filosofía tal como nos lo propone Nietzsche implica asumir la idea de abandono: hay que dejar atrás, también, al propio Nietzsche.

Cano presenta la “obra” nietzscheana no tanto como obra unitaria y lineal, sino como *esquilas* desperdigadas que abren *camino*s vitales dispares, incluso contradictorios. Escritura muy atada a lo que es la vida misma en tanto que movimiento y tensión. En este sentido, el *corpus* nietzscheano se resiste al sistema, a la totalidad cerrada de una Obra. Cano mantiene siempre esto en mente a medida que va desarrollando su presentación de la filosofía de Nietzsche. Es preciso atender al carácter “deviniente, disruptivo y fluido” (p. 17) de su obra. Hacerle justicia. Es por eso que la filósofa propone rastrear una serie de *camino*s, de *sendas múltiples y provisionales* que nos permitan realizar una interpretación a la altura del riesgo que el texto nietzscheano implica.

Cano presenta tres “estaciones básicas” en el recorrido: (i) el desplazamiento ejercido por Nietzsche desde el abandono de la verdad como criterio clásico último hacia el problema de la vida como crecimiento y selección, enfocándose en los discursos, creencias y prácticas que sostienen, articulan y jerarquizan determinadas formas de vida; (ii) el diagnóstico crítico que Nietzsche realiza de la razón occidental, a la que juzga en términos de *monótono-teísmo*, y al tipo de prácticas nihilistas que esta ha sostenido y preferido; (iii) finalmente, el gesto nietzscheano de dejar atrás aquella decadencia y esbozar una filosofía jovial “sostenida en una ética de la duda y de la sospecha inconclusa” (p. 19). A lo largo de estas tres paradas temáticas se verá cómo el cuerpo, en contraposición a la vieja razón de la filosofía platónico-cristiana, juega un papel fundamental que debe ser rescatado.

Lo que Cano destaca de manera contundente es la radicalidad implicada en la crítica nietzscheana, ya que opera sobre el fundamento mismo de la filosofía, se posiciona en discusión directa y explícita contra aquello que hasta ahora ha movilizadado y justificado la labor filosófica y las formas de vida que en torno a ella se han erigido. Este gesto del filósofo implica una *transvaloración* del *éthos* monótono-teísta que ha dominado la filosofía hasta su tiempo (y que aún hoy resiste), así como la moral, la ciencia y la metafísica correspondientes. Este gesto de sospecha impulsado por Nietzsche inaugura una nueva manera de pensar y de filosofar, un nuevo modo de vida que implica enfrentarse al riesgo de la incertidumbre, de la ignorancia y del “peligroso quizás”. “La verdad –afirma Cano– no refiere entonces a un estado de cosas o a un hecho en sí, sino que *supone un proceso interpretativo en el que se moldean nuestras condiciones de vida*” (p. 33, las cursivas son mías, TS). Entendida en este sentido, la verdad es un pequeño terreno seguro y estable en medio del devenir sin orden ni sentido que es la vida. Tras aquella hipótesis jamás probada, que Nietzsche caracteriza como *extramoral*, se esconde *nuestra* necesidad de volver fijo y previsible aquello que en sí mismo es caótico e incalculable. Es nuestro modo de producir un mundo seguro, habitable. A partir de esta caracterización, Cano rastrea y explicita las estrategias mediante las cuales el pensamiento de Nietzsche se focalizará en “los modos en que nuestros conceptos, creencias y valores representan ‘estimaciones perspectivistas’ en virtud de las cuales se sostienen, seleccionan –y paralelamente se excluyen– formas de vida” (p. 40). No sólo es importante asumir este aspecto de la vida, afirma la autora, sino incluso más las responsabilidades éticas y políticas que de ello se desprenden: la urgencia de desarrollar una ética epistemológica y una práctica crítico-filosófica que estén atentas al carácter siempre mutable de la(s) vida(s), y que puedan, por tanto, hablar un nuevo lenguaje más escurridizo, movedizo, burlón que el utilizado hasta ahora por la momificante filosofía.

Históricamente el modo de vida occidental ha padecido la enfermedad del *monótono-teísmo*, lo que implica “la aversión al devenir y al cambio, y se manifiesta como un apego ‘enfermo’ a sostener valores esenciales y absolutos que niegan su propia historicidad y voluntad de poder” (p. 44). Nietzsche se enfrentará a este pensamiento enfermo, nihilista, en el terreno de la disputa por los modos de vida. El criterio ya no será la veracidad, la dicotomía verdad/falsedad. Frente a esta lógica dual y dicotómica Nietzsche afirmará la no-verdad como condición para la vida. Es justamente en este aspecto de la revuelta nietzscheana en donde Cano pone el foco de su lectura: en los efectos nocivos, pero también positivos y creadores, que generan nuestras interpretaciones del mundo. Tal como ella afirma: “Erigir un ‘mundo verdadero’ o una ‘objetividad teórica’, instaurar un fundamento último y absoluto, ha sido una de las estrategias básicas de organización, producción y sujeción de los cuerpos y los saberes” (p. 90). Mediante esta estrategia son arrojados a la oscuridad quienes pretendan trastocar este orden que reclama para sí valor incondicional, claridad, luminosidad. No sólo se han apropiado de la verdad, sino de la legitimidad y del poder que ella comporta. Cano advierte constantemente con respecto al desafío de una propuesta como la de Nietzsche: ¿Cómo evitar que una filosofía de la precariedad y una ética de la duda culminen nuevamente en una restitución de verdades inmovibles? De lo que se trata es de filosofar al borde del abismo, de estar a la altura de lo que implica pensar en el marco siempre precario y provisorio de la vida, donde no caben certezas ni sueños de verdades absolutas. Si la razón no es ya lo opuesto al cuerpo, sino una de sus posibles cristalizaciones, ya sólo cabe pensarla como la articulación contingente de una racionalidad posible, y por lo tanto, falible. Pero fundamentalmente, abierta a nuevas rearticulaciones que contemplen la tarea siempre infinita de generar condiciones hospitalarias y justas para modos de vida y corporalidades aún por venir.

Tomás Stöck

Edgardo Gutiérrez (comp.), *Los caminos de la imagen. Aproximaciones a la ontología del cine*, Buenos Aires, Prometeo, 2016, 204 pp.

El asesinato de la turbada Marion Crane (Janet Leigh) en *Psicosis* (1960) de Alfred Hitchcock enuncia un momento fundamental para la historia del cine: el elemento decisivo sobre el que se construye la imagen cinematográfica y su lenguaje es el supuesto de la identificación del espectador con la mirada técnica de la cámara. El asesino-espectador asiste al crimen en